

## Editorial

# La Ciencia Patológica

Martín-González Juan Humberto

Profesor de Ginecología de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Guadalajara.

31 de Enero del 2019

**Correspondencia:**  
Dr. Juan Humberto Martín González, Av. Dr. Angel Leño N° 500, Col. Los Robles, Zapopan, Jalisco, México. CP 45134. email: jmartinglez@yahoo.com

La ciencia por definición es la rama del saber humano constituida por el conjunto de conocimientos objetivos y verificables sobre una materia determinada, que son obtenidos mediante la observación y la experimentación, la explicación de sus principios y causas al igual que la formulación y verificación de hipótesis, se caracteriza por la utilización de una metodología adecuada para el objeto de estudio y la sistematización de los conocimientos. Para obtener nuevos conocimientos, la ciencia se vale de lo que se conoce como método científico que implica un hacer de pasos que son necesarios para alcanzar el conocimiento científico.

Posiblemente no habíamos leído este tema “La ciencia patológica”, o no conocíamos este concepto. Me di a la tarea de investigarlo para formarme una idea y poderles transmitir algo que me impacto o que me hace reconocer muchos de esos pensamientos que se nos vienen a la mente al leer un artículo científico o simplemente juzgar la información científica con la que a diario nos enfrentamos.

Al leer lo que fue y nos dejó Irving Langmuir, entendemos lo que él llamó la “ciencia de las cosas que no son” o, como sería conocida más tarde, “la ciencia patológica”, Langmuir consideraba ciencia patológica aquella investigación realizada según el método científico, pero marcada por sesgos inconscientes o efectos subjetivos.

El 18 de diciembre de 1953, Langmuir participó como en él era habitual, en una serie de charlas de divulgación que organizaban los laboratorios de “General Electric”. En ese día en concreto presentó varios casos de lo que él denominó ciencia de las cosas que no son.

La ciencia patológica es un razonamiento con base en la información científica; quienes la practican suelen presentarse como incomprendidos. Los científicos patológicos se centran en un fenómeno marginal e improbable de forma casi obsesiva, y por la razón que sea invierten todo su talento científico en demostrar su existencia. El científico patológico no busca la verdad, sino que pretende satisfacer la profunda necesidad de creer en algo.

Si la ciencia patológica existe, precisamente lo hace porque diríamos que la ciencia es prudente, presenta sus indicios con reservas. Los creyentes de esos conceptos que son de la ciencia patológica, se aprovechan de esa ambigüedad sobre los indicios, afirmando entonces que los científicos ortodoxos no lo saben todo y, por lo tanto, hay sitio para otras especulaciones. Muy común es, por ejemplo, que el defensor del diseño inteligente exprese que la teoría de la evolución es solo una ‘teoría’... o que la ciencia avanza y no está segura de todo.

La manera de ver el mundo entre personas que son cerrados de mente y los que no lo son,

podría dividir a los científicos. Cuando, en realidad, no importa cómo sean los científicos, la ciencia exige siempre los mismos protocolos. Estos son ortodoxos, inflexibles, ajenos a los sentimientos de los investigadores. Aprovechándose de que no hay consenso científico sobre un tema no le convierte al científico en un investigador heterodoxo, sino en un practicante de la ciencia patológica, o en lo que pudiéramos decir no científico.

Un científico sea cerrado de mente o afirme específicamente, o agresivamente, lo que la ciencia considera como oficial, no convierte a la ciencia en una herramienta ineficaz, el ineficaz es exclusivamente ese científico.

El mundo de la comunicación tiene también sus normas. En comunicación se trata de que lo que se publica sea consumido. De la misma forma que la ciencia que no se publica no existe, en comunicación tampoco existen los contenidos que no se consumen. En comunicación valdría decir “sé visto, oído o leído, o perece”.

La expresión “*publish or perish*” (publica o perece) es de sobra conocida en el ámbito científico. Quiere expresar la importancia que tienen las publicaciones en los currículos del personal investigador. En ciencia no basta con hacer observaciones, obtener unos resultados y derivar conclusiones. Hay, además, que hacerlo público y en medios de la máxima difusión internacional. La ciencia que no se da a conocer, que no se publica, no existe. El problema es que, de eso, precisamente, depende el éxito profesional de los investigadores, sus posibilidades de estabilización y de promoción.

Al existir la presión por publicar y por tener impacto comunicativo puede conducir tanto a unos como a otros profesionales, a adoptar comportamientos deshonestos, contrarios a la ética profesional e, incluso, a desvirtuar completamente el fin de la ciencia y de su traslación al conjunto del cuerpo social. También puede conducir, de hecho ha conducido, a que se haya configurado un sistema de publicaciones científicas con patologías.

Como regla general la ciencia patológica trabaja en los límites difusos, no hay pretensión de engañar, simplemente es mala ciencia, es no saber reconocer las limitaciones de las teorías de conocimiento del investigador, sus instrumentos y sus diseños experimentales.

Valdrá la pena que investiguemos, es nuestra necesidad; pero después de que nos contestemos lo que nos preguntamos o logremos satisfacer nuestra curiosidad, la otra parte complementaria de ese sensor será la retroalimentación con el juicio, de que las respuestas que se generen supongan una diferencia sustancial para los pacientes o población a la que va dirigida.

Cada día circulan por la red más páginas de contenido científico que nos hablan de un mundo muy diferente al que nos pintan los libros de divulgación. Siendo su calidad tan desigual como su variedad, resulta difícil orientarse en estos mares, y más difícil todavía formarse un juicio razonable sobre “qué es lo que está pasando aquí”.

Lo que está pasando es, sencillamente, que cada vez existe un número mayor de científicos, naturalistas y pensadores que no encajan dentro de unos programas de investigación crecientemente dirigidos y regimentados, y que optan por exponer sus ideas al margen de compromisos y restricciones. Sin el contraste de esa pluralidad de concepciones independientes, hoy no es posible tener una perspectiva del estado actual de la esfera del conocimiento y las pendientes por las que se desliza.

La palabra ortodoxo es de origen griego, integrada por “*orthos*” con el significado de derecho, recto o correcto, y por “*doxa*” = “opinión”, se dice de alguien que es ortodoxo si se aferra o se atiene estrictamente a un dogma o doctrina, ya sea religiosa, filosófica o política, que se han impuesto de modo generalizado. El pensamiento que disiente de lo que la mayoría estima correcto se denomina heterodoxo.